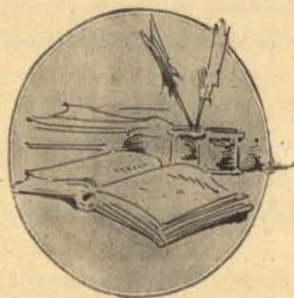


Charla el bosque, murmura la maleza,
la flor se abre y se engríe...
Hombre, ¿por qué dudar? Naturaleza
el arcano conoce, y se sonríe.

VISIÓN DE DIOS

El soñador profeta
que meditaba en Patmos, y leía
con la mirada inquieta
caracteres simbólicos escritos
allá en los horizontes infinitos,
dijo á su águila un día:
«Llévame á ver á Jehová.» Su anhelo
el águila cumplió; lo llevó al cielo,
y entró Juan, tembloroso, en la morada
que al serafín asombra.
La grandeza de Dios ilimitada
llenábala de sombra.



TEÓFILO GAUTIER



EL OBELISCO DE LA PLAZA

DE LA CONCORDIA

Desparejado obelisco,
en esta plaza me aburro,
donde son lluvias y nieves
plagas que continuas sufro.
A mi aguja, un sol de fuego
dió resplandores purpúreos;
hoy palideces postálgicas
le da un cielo gris y turbio.
¡Estuviera aún, con mi hermano
formando hermoso conjunto,
en la avenida de esfinges
del regio templo de Lúxor!
¡Hundiera mi altiva cúspide
en el azul siempre puro,
y con mi sombra en la arena
marcara del sol el curso!

Rhamsés, como frágil caña,
cayó mi tronco robusto;
cual caprichoso juguete,
París me tomó por suyo;
y aquí estoy, guardián granítico,
de enormidades y absurdos,
entre un falso templo griego,
Partenón de nuevo cuño,
y otro donde dictan leyes
improvisados Licurgos.



Aquí se erigió el cadalso
de un rey, y en el mismo punto
á la luz doy mis arcanos
de monolito vetusto,
que con el peso gravitan
de cinco mil años justos.
Desvergonzados gorriones
manchan, por mayor insulto,
mi erguida cabeza, donde,
en tiempos que eran mi orgullo,
el ibis, de alas rosadas,
posaba el vuelo inseguro.
El Sena, albañal que nutren
arroyos de cieno inmundos,
baña mi pie, que besaba,
dándole humilde tributo
el Nilo enorme y sagrado,
de las aguas padre agosto,
gigante de luengas barbas
y de cabellos hirsutos,
que orlan con guirnaldas húmedas
la flor del loto y los juncos,
y que de la urna volcada
entre raudales fecundos,
en lugar de renacuajos,
cocodrilos echa al mundo.
Las carrozas faraónicas
de nácar y de oro fúlgido,
mis fuertes flancos rozaron
entre explosiones de júbilo,
y hoy chocar en ellos veo
modesto coche de punto
alquilado á toda prisa
para llevarse al rey último.
Un tiempo, vi en largo séquito
sacerdotes taciturnos
llevando el sagrado bari,
de las deidades trasunto,

entre estandartes simbólicos
de misteriosos dibujos;
hoy veo, pilar profano,
que entre dos fuentes me encumbro,
en sus landós reclinadas
cortesanas de alto rumbo;
veo, de Enero á Diciembre,
desfilan el burgués vulgo,
yendo á la Cámara ufanos
diputados cejjuntos,
yendo al Bosque de Boloña
lindos Alfredos y Arturos.

¡Oh, qué horribles esqueletos
encerrará en sus sepulcros
este pueblo irreligioso,
que en sus féretros y túmulos
sin bálsamos ni vendajes
tiende á sus pobres difuntos,
sin sagrados hipogeos
que los guarden incorruptos,
y por siglos ordenadas,
leguen al tiempo futuro
todas las generaciones
que vivieron en el mundo!

¡Tierra augusta y consagrada
de los misteriosos cultos
y de los mal descifrados
jeroglíficos oscuros!
¡Tierra donde las esfinges
yacen en reposo mudo,
las fuertes garras clavando
en los pedestales duros;
donde la cripta retumba
bajo del suelo profundo;
donde la torcaz paloma
anida en los rotos muros,
con lágrimas de granito,
Egipto, yo te saludo!

EL HIPOPÓTAMO

Habita en los mortíferos pantanos
de Java el hipopótamo panzudo;
viven juntos con él, fieros y ufanos,
cuantos monstruos el hombre soñar pudo.

El indómito búfalo allí muge,
silba y se desenrosca la serpiente,
el carnicero tigre feroz ruge...
El duerme y ronca sosegadamente.

Nunca flechas ni dardos ha temido;
la vista de los hombres no le altera;
rebota en su pellejo endurecido
la bala del cipayo más certera.

Yo soy cual él: la convicción segura
es cota que mi espíritu ha cubierto;
como es invulnerable mi armadura,
voy sin ningún temor por el desierto.

LAMENTO

CANCIÓN DEL PESCADOR

Perdí á mi compañera idolatrada,
y mi infortunio siempre lloraré.
En la fosa en que sea sepultada
se hundirá todo cuanto loco amé.
Para volverla al suspirado cielo,
vino por ella un ángel del Señor,
¡y en el mundo me deja sin consuelo!
¡Oh, destino traidor!
¡A la mar! ¡A la mar!.. ¡Y sin amor!

Pálida, inmóvil, pero siempre bella,
tendida está en el lecho funeral.
Más triste y mudo y enlutado que ella
el mundo veo yo, sordo á mi mal.

La cándida paloma, noche y día
gime, si la abandona su amador.
¡Desparejada siento el alma mía!
¡Oh, destino traidor!
¡A la mar! ¡A la mar!.. ¡Y sin amor!

La noche, que se extiende tenebrosa,
pesa como un sudario para mí;
canción elevo al cielo dolorosa,
que sólo puede resonar allí.
¡Fué su hermosura mi amoroso encanto!
¡La adoré con dulcísimo fervor!
A ninguna mujer querré ya tanto...
¡Oh, destino traidor!
¡A la mar! ¡A la mar!.. ¡Y sin amor!

SINFONÍA EN BLANCO MAYOR

Hablan las viejas y oscuras
leyendas septentrionales
de hermosas mujeres-cisnes,
que encorvan el cuello suave,
y á la vez que en el Rhin flotan,
dan dulce canto á los aires,
ó en las ramas de la orilla
colgando el niveo plumaje,
el desnudo cuerpo lucen,
aún más blanco y deslumbrante.

A mi solitario albergue
viene una de esas beldades,
blanca cual rayo de luna
sobre los hielos polares,
y á mis deslumbrados ojos
brindan sus mórbidas carnes
borrachera de blancuras,
festin de animados nácares.
Su seno, nieve moldeada,
riñe vencedor combate
con la blanquísima seda
de su vaporoso traje
y con las camelias blancas

que las hojas sobre él abren.
La derrota en esa lucha
sedas y flores comparten,
y á la vez amarillean
ó celosas ó cobardes.
En sus hombros, que de Paros
envidian los blancos mármoles,
de las noches siberianas
la escarcha invisible cae.
¿Fué la nieve que en las cumbres
alpinas no ha hollado nadie,
fué la cándida azucena
que aún no desplegó su cáliz,
fué la cera pura y virgen
que en el templo brilla y arde,
lo que á sus formas perfectas
dió el inmaculado esmalte?
¿Tomó Dios, para bruñirlas,
leve espuma de los mares,
gotas de agua, que el invierno
trueca en lluvia de cristales,
mármol blanco, en cuyo seno
viven divinas imágenes;

ópalos que nos deleitan
con irisados cambiantes;
plumas de palomas blancas
que el viento jugando esparce
sobre los muros del negro
castillo de otras edades;
los que las doncellas vascas
bordan, sutiles encajes,
tenues lágrimas de ondinas
prendidas con hilos frágiles;
las flores que en las vidrieras
de las viejas catedrales
luminosas resplandecen
en intrincado follaje;
el hermoso espino blanco,
que al florecer en el valle,
parece que esté cubierto
de escarchas primaverales;
el inmaculado armiño
que lo mismo abrigar sabe
los hombros de las hermosas
que el blasón de los magnates;
los alabastros, en cuyas
indecisas claridades

mira la Melancolia
su palidez reflejarse;
ó bien las ebúrneas teclas,
que rápidos y fugaces
hieren sus inquietos dedos,
trémulo beso arrancándoles;
ó la estalactita diáfana,
blanco lloro, que incesante,
lagrimea el antro lóbrego
en sus negras cavidades?

¿De dónde viene la hermosa
de los albores ideales?
¿Es la Madona que tiene
nieve y hielo por altares?
¿Es maravillosa esfinge
que con misteriosas artes
labró el invierno, y que luego
sepultó alud formidable
para que su pecho helado
helados secretos guarde?

¡Feliz quien bajo esos hielos
su corazón despertase,
y matiz de rosas diera
á su blancura implacable!

LA CARAVANA

La caravana del linaje humano
cruza el Sahara. Va por el camino
que no tiene retorno, sudorosa
la frente, el pie cansado. Oye el rugido
del león, y el estruendo horrible
de la borrasca. En el inmenso círculo
del lejano horizonte, ni una torre,
ni un minarete. El único vestigio
de sombra, es la del buitre, que en los aires
surca, y acecha con abierto pico
la inmunda presa. Y adelante marcha
la caravana, y con anhelo vivo
algo ve de verdor en lontananza.
Es de cipreses triste bosquecillo

y á sus pies blancas losas. En la senda
desierta de la vida, Dios benigno,
tambi3n para que el hombre descansara
oasis prepar3 dulce y tranquilo,
¡el cementerio! Pobres caminantes,
llegasteis ya: tendeos y dormios.

LAS MARIPOSAS

En enjambre feliz vuelan gozosas
las mariposas blancas sobre el mar.
¡Oh, mariposas, blancas mariposas!
¿Cu3ndo, como vol3is, podr3 volar?

Tú, mi adorada, hermosa bayadera,
de ojos tan negros cual ningunos vi,
¿sabes ad3nde revolando fuera,
á ser posible el vuelo para mí?

Cruzando los jardines y los huertos,
sin detenerme ante ninguna flor,
fuera á besar tus labios entreabiertos,
y en ellos á morir, ebrio de amor.



ALFREDO DE MUSSET